

THORPE, Richard

# FILMS

# DE AMOR

LA PRIMERA NOCHE



Núm.  
4

25  
Cts.

Bert Lytell - Dorothy Devore

Registrada. Quede hecho  
el depósito que marca la ley.

Ricardo Bard, al elegir la Medicina como carrera, a la que debía dedicar su juventud y su talento, no podía figurarse que el creciente favor de las damas hacia su consulta, le convertiría sin quererlo siquiera, en un especialista de señoras. Y en verdad que no le iba mal con la especialidad, pues siempre se encontraban en su antesala, damas bastantes, para hablar de modas y de chismes del gran mundo, en lugar de las dolencias de que suponían, o tal vez en realidad se sentían aquejadas.

La mayoría de las "enfermas" nombraban suspirando a su doctor, y si hubiese sido posible casarse con todas ellas a la vez, seguramente que como por encanto y sin necesidad de recurrir a la farmacopea, se hubieran todas curado como por encanto de sus trastornos físicos.

Cada vez que salía una enferma, las otras se aglomeraban a la puerta rompiendo el turno establecido y gritando;

—A mí, doctor, atiéndame a mí, que ya no puedo aguardar más, voy a morirme.

En fin, que la coquetona salita de espera, se convertía en unos momentos en una verdadera sala de locos. Por si era poca la confusión, un criado solicitaba al doctor, diciéndole que acudiera al teléfono, que la señorita Frazer desecha hablarlo. Bard, haciendo un esfuerzo y huyendo de sus enfermas, puede llegar hasta el cuartito del teléfono, donde se atrinchera al mismo tiempo que aplica el auricular:

—Por fin oigo tu voz, doctorcito de mi vida murmuró Dora...

—¡Ah!, peres tá, cecanto mío?

—Sí, nene, deja a esas chilladas de tu consulta, y ven a verme, hace más de tres horas que no te he cambiado palabra contigo, y esto bien sabes tú que es superior a mis fuerzas.

Pero si les hay con síntomas alarmantes, no puedo dejar de prestarles el auxilio de la ciencia, porque de lo contrario me desacreditaría y caería sobre mí la sanción de la ley. No sabes que la Medicina es un sacerdocio, elevado, al que hay que sacrificar las horas del día y de la noche?

—Bueno, niño, no estés tan enamorado de tu profesión, ni te preocupes de las demás, más que de mí. Procura cumplir como es debido conmigo y deja para mañana la visita



El doctor Bard y su novia Dora Frazer.

de las enfermas, que tiempo habrá para que se curen solas.

Mientras este diálogo amoroso, que se repetía con frecuencia, tenía lugar entre Bard y su encantadora novia Dora, una muchachita en estado de merecer toda clase de elogios y de sacrificar por ella todas las horas del día, pasemos a conocer a otro de los personajes de esta interesante comedia.

\*\*\*

Juanito Dunn, en su cuarto de soltero rodeado de los mil trofeos conquistados en torneos deportivos, está leyendo atentamente el periódico, tumbado en pijama en un sillón de su dormitorio, cuando de pronto pega un brinco de su asiento y exclama:

—¡Ah! no, eso jamás, Dora no se ríe de mí, nunca... nunca...

Los trágicos ademanes, y la cómica indumentaria de Juanito, dan a la escena un aspecto grotesco. Pero rascamos del suelo el periódico causante del sobresalto y sabremos qué lo ha motivado.

En grandes titulares y en la sección de notas de sociedad, aparece la noticia que ha tenido la mágica virtud de alterar la flemma de Juanito.

Mas no solamente son las gruesas letras que proclaman el nombre de Dora Frazer y de Ricardo Bard, sino que dos sendos retratos de la joven y del médico, aparecen entrelazados, y el marco que los une toma la forma de un corazón... Luego el texto no puede ser más alarmante. Dice así;

"El compromiso matrimonial de estos dos populares miembros de nuestra juventud fué anunciado en una recepción dada en casa de la novia la noche del jueves..."

Bueno, era peor que un rayo la noticia del periódico, y Juanito no estaba dispuesto a soportarla en modo alguno. Pero afortunadamente Juanito tenía cierta maravillosa facultad de imitar, como si de un transformista se tratara, la manera exterior, el andar, y hasta los mohines graciosos de una mujer. Algunas veces, en las representaciones escolares, le habían confiado algún papel de dama, que representaba a las mil maravillas, y en balles de trajes y demás, había obtenido éxitos, imitando a diversas artistas conocidas.

Va tramado con todos los detalles su plan, se vistió a la última moda femenina al punto, y con tal perfección, que al mirarse al espejo, por poco se reñía un piropeo a sí mismo, de tan retrechera y monina, como se encontró. Nada, que daba el golpe, y al cruzar las calles, hasta la decían mil sandeces los guardias de la porra y los encargados de barrer y regar las calles; vamos que fué una verdadera apoteosis triunfal.

Pero lo que más interesaba a Juanito era dar con el doctor, contra el que debía disparar la primera bomba de la batalla entablada.

Lo que ignoraba Juanito, es que si bien Dora en un tiempo le prometió a él ser su esposa, ahora ya no vive más que para el doctor y maldita la gracia que le haría ver que resucitaba ante ella el pasado ya tan lejano. Pero por esta misma causa, Juanito en vez de presentarse de momento ante su novia, prefirió darle el susto mayúsculo al doctor, vestido como ésta de mujer, y fingiendo que se trata de un pequeño lio que tuvo Bard, y que exige una rápida reparación.

El papel de joven burlada y abandonada lo tenía Juanito muy bien ensayado, por eso lo puso en práctica, y como se verá, fué el más grande de los éxitos. La consulta estaba llena como de costumbre, por las asiduas clientas de Bard, y todas empezaron a fijarse en la recién llegada, cuyo elegante modo de vestir fué analizado detenidamente por las chismosas.

Pero Juanito, sin reparar en nada, y poniéndose el mundo por montera, fué recto a su asunto. Mamó al criado y le dijo:

—Participa al doctor Bard, que ha llegado su esposa de Francia.

Estas palabras, pronunciadas en voz alta, produjeron un efecto terrible. Las clientas se miraban unas a otras sin atreverse a dirigir a la recién llegada una sola pregunta.

Sólo en voz baja y cuchicheando entre ellas se admiraban de que el doctor hubiera guar-

dado tan en secreto su casamiento y mantuviera alejada de su casa a su esposa.

Pero entre tantos comentarios y desafiando el resultado de su atrevimiento, Juanito manteníase con toda su dignidad de hembra ultrajada, y hasta tenía en su ademán un tinte melancólico que le daba a la cara un interés verdaderamente sentimental. Para dar más realidad a la escena, Juanito saca apurosamente del bolsillo un frasco de veneno y lo aspira lentamente, dejándose luego desplomar al suelo, para dar más teatralidad al suicidio. Cuando el detective de la casa acude, ella le dice con acento desfallecido:

—Avísen a mi marido, el doctor Bard.

—Su marido ha salido, señora...

En efecto, así era; por una puerta excusada había marchado Bard, al saber por el criado que una señora que se decía su esposa había preguntado por él. Lo que deseaba Bard era evitar un escándalo, que sólo podía repercutir en desdoro de su fama, aun cuando sabía de sobras que sólo podía tratarse de una impostora.

Al ver a la bella joven, el detective del hotel que tenía algo de tenorio y mucho de hombre sensible, apiadose de la pobre pseudo envenenada, y la tomó en sus brazos conduciéndola a una habitación interior. Hay que aclarar que el suceso que acabamos de relatar ocurría en una casa gigantesca de

Nueva York, donde en un mismo edificio se encuentran situadas diversas habitaciones, compañías, médicos, oficinas, hotel, etc., y todo ello confiado a la custodia del detective Archibaldo el Valeroso, como le llamaban para asustar solamente a los que no le conocían.

—Pero, señora...—dijo Archibaldo tiernamente a Juanito.

—¡Ay! Soy muy desgraciada—sólo pudo decir el fingidor astuto.

—Pero estando yo a su lado, ¿qué puede usted temer...? Aquí estoy yo para ayudarla a usted en todo y por todo.

—Mi marido me ha abandonado y estoy tan sola en el mundo...

—Yo también estoy solo en el mundo, mi bella dama, y llevo quince años buscando una dama como usted, a través de todas las cerraduras, porque ya se habrá usted dado cuenta de que soy el detective de la casa.

—¡Ah!—dijo fingiendo que se reponía Juanito—, ya comprende ahora lo del ojo de la llave, siendo usted detective.

—No hay secretos para mí.

—Pues nadie mejor que usted para ayudarme a vengar del falso y traidor de mi marido, ¿verdad...?

—Ayudarlo, señora...? ¡Yo por usted soy capaz de ir hasta el homicidio con todas las agravantes!



...y la pseudo-dama fingió zovenarse teatralmente.

—Lo que tiene usted que hacer es llevarlo a la cárcel para que comprenda quién soy y para que no estorbe nuestro amor... hágalo usted por mí.

—Siendo yo el detective de más ojos que existe sobre la tierra, ya puede usted considerar que su esposo estará dentro de poco entre rejas.

—Ah si yo pudiera decirle a usted en francés toda lo que estoy pensando en inglés... agregó con acento de enamorado Archibaldo.

—Tiempo tendremos después para arr...

lianas—dijo Juanito esquivando las demostraciones de afecto de Archibaldo—. Ahora lo que interesa es vengarme del falso y embustero de mi marido.

—Cuente usted conmigo hasta la muerte—dijo Archibaldo.

## !! ACONTECIMIENTO !!

### LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

(La Primera de las Novelas Cinematográficas)

Acaba de publicar la obra máxima  
del inmortal escritor León Tolstoi

## Resurrección

cuyo emocionante asunto ha sido la  
discusión de los literatos de Europa

PRECIO

1'50 pts.

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

...

Mientras el detective iba a recorrer toda la línea para observar si todo estaba en orden, Juanito soltó la carejada, arrojando contra una butaca su peluca femenina. Aquello iba viento en popa, ya sabía Dora quién era su novio, y si tragaba la bola, sería su esposa.

Juanito se frotaba las manos de alegría al considerar que creyéndose engañada Dora, volvería a sus brazos. ¡Cómo recordaba él aquellos ratos de novio de los que aun conservaba un retrato en el que Dora había puesto "A mi querido novio..."! También si el caso llegaba emplearía esta arma enseñándole al doctor; ¡pero esta vez prescindiendo de su disfraz femenino y con los puños cerrados por si acaso!

No sospechaba el doctor Bard que él tuviese una esposa y mucho menos que ella intentase hacer valer sus derechos de tal, apoyada en todo y por todo por un miembro de la ley de la ciudad de Archibaldo el valeroso. Al día siguiente todo estaba preparado para dar el golpe, pero Juanito, ante

de presentarse ante el doctor como mujer al-  
vidada, dejó por unos instantes su indumen-  
taria femenina y vestido a la última, pero  
como un gentileman, se personó en casa de  
Dora.

La joven al verle no pudo disimular su sor-  
presa. Pero Juanito, que iba provisto del fa-  
moso retrato en que Dora le llamaba novio  
y le prometía ser su esposa de un modo que  
demostraba había existido entre ellos cierto  
carino, no estaba dispuesto a transigir.

—Pero Juanito, tú cometes una locura al  
presentarte en mi casa así.

—No, Dora, el antiguo amor ha despertado  
en mí... No te acuerdas ya cuando de chiqui-  
llos, comíamos las mil travesuras para que  
nos encerraran juntos en el cuarto de los cas-  
tigos y allí... ¿te acuerdas? nos dimos el pri-  
mer beso, mezcla de amor y de inocencia.

—Sí, lo recuerdo, Juanito; y lo dulces que  
estaban nuestros labios con la confitura ro-  
bada.

—Ya lo ves cómo lo pagas, pero yo no es-  
toy dispuesto a que te cases con este doctor  
y me amargues la vida para siempre. Yo co-  
mo siempre estoy dispuesto a hacerte feliz,  
por todos los medios imaginables, Dora.

—Ay, no te pongas tierno, que aquello ya  
pasó. Los periódicos han anunciado mi pró-  
xima boda, tengo la casa llena de regalos y  
la boda no puede demorarse porque a mí

de hacer un papel ridículo, ya el doctor y las  
familias de los dos, tendría que devolver los  
objetos y algunos ya se han roto...

—Pues bueno, pérdida, no me malo aquí  
por no armar ruido, pero yo he de hacer algo  
que repercuta en la sociedad que te rodea;  
tu futuro marido lo sabrá todo, hasta lo de  
la confitura, y que tienes el alma dura, y que  
eres una perjura...

—Me das ganas de reír, Juanito, siempre  
serás un iluso; los amores de la infancia pa-  
san, se olvidan y cada cual se casa con quien  
menos lo podía soñar, eso no quiere decir que  
algún día tras unos años de vida matrimo-  
nial no vuelva yo a acordarme de mis juegos  
de niña, de tus primeros amores, en fin, el  
pasado vuelve, pero no quiero con esto darte  
la más mínima esperanza, conservaré tu re-  
cuerdo agradable y nada más, pero no comen-  
tas tonterías porque entonces te borraré de  
mi memoria.

—Haz lo que quieras, como Juanito que me  
llamo, que la voy a armar y gorda y cuando  
la veas armada, te dará pena, te lo aseguro,  
el haberme despreciado...

La escena, como todas las riñas de enato-  
rados, tuvo su parte cómica y sus asientos de  
tragedia, pues Dora estaba que no la llegaba  
la camisa al cuerpo, refirió que es ahora de  
más actualidad que nunca, por llevarse muy

cortas tales prendas, de la seductora y ray! íntima indumentaria femenina. Pensaba la hermosa niña y futura esposa que si el doctor se enteraba de sus antiguas relaciones con Juanito, no lo sentaría muy bien, porque el hombre siempre es celoso y no gusta de conocer los antecedentes de su futura y mucho menos las travesuras infantiles de Cupido. No cabía otro recurso que partir, escapar y casarse, ese era el plan que Dora quería poner en práctica a toda prisa.

Por otra parte el doctor, informado por el criado de que durante su ausencia había estado en la consulta una señora que preguntaba por él, que decía había sido seducida por el doctor Burd, y que hasta había intentado envenenarse, deseaba también arreglar este asunto, en fin, saber qué había de la tal dama francesa. Porque él había estudiado en París, había conocido varias damas, la memoria no conservaba recuerdos muy precisos, porque vaya usted a saber, pero podía ser cierto lo que la recién llegada afirmaba y una bronca con falda siempre perjudica la reputación de un especialista en señoras.

Cuando Dora y el doctor se vieron en aquella hermosa tarde y en su paseo a través de la ciudad, sus pareceres respecto a la fecha de la boda eran totalmente opuestos. Dora deseaba adelantar la fecha para escapar de Juanito, y por otra parte, el doctor deseaba



Juanito se presenta, con vestido de mujer, en la consulta...

dancorala para tener una entrevista con la dama de Francia y poder saber qué había de cierto en sus afirmaciones y arreglar el asunto con unos billetes, o en la forma más discreta posible, en fin, si la francesita no era despreciable, hasta entraba en sus cálculos hacer un pequeño sacrificio, para consolarla ofreciéndola su protección.

Al día siguiente se presentó Juanito vestido como una dama del gran mundo, en la consulta del doctor Bard. Suplicó a Archibaldo que no pasara de la antesala y que sólo interviniera en el asunto si veía o bien oía que la cosa iba mal.

Sin pedir turno, obtuvo que el doctor la franqueara el paso dando por toda explicación a las demás clientas que un asunto de gravedad era lo que la llevaba allí. Cuando los dos estuvieron solos en el gabinete de consulta, Juanito puso en juego sus recursos, y sin andarse con chiquitas, se arrojó al cuello del doctor, diciéndole...

—Mi querido Ricardito, no sé cómo he podido pasar tanto tiempo sin verte...

—La verdad, señora, yo no sé quién es usted, en fin, no recuerdo.

—Yo soy la querida Mimí, tu esposa de París.

—Está usted enferma, señora, tiene ideas fijas, ¿cuánto tiempo que nota usted estos síntomas?

—Qué síntomas ni qué niño muerto, ahora vas a ver, falso, más que falso...—y Juanito sacó una fotografía del doctor en compañía de una francesita cuya fotografía databa de sus tiempos de estudiante en París y de la que Juanito había logrado apoderarse casualmente en el club a que los dos pertenecieron.

—Recuerdas ahora—dijo poniéndole ante los ojos la fotografía.

—No, sí, tal vez, no puedo precisar.

—Claro, calaverón, como que aquella noche bebiste mucho champaña, pero eres mi marido desde entonces y seguirás siéndolo, por algo al terminarse la juerga pasó lo que pasó, y fuimos a casarnos a la mañana siguiente, al despuntar de la aurora.

—¡Aurora te llamas...?

—No, te dije que Mimí, pero déjate de subterfugios, y a reparar tu falta, y tu abandono. Bien te he buscado durante años y ahora que te pesqué te obligaré a cumplir como marido.

La escena hubiera continuado y los gritos ido en aumento a no mediar la llegada de Dora que al entrar por poco pasea a la pareja discutiendo. Menos mal que la providencia y la astucia del doctor, cortaron el lance, encerrando a Juanito en un cuarto sin salida mientras Bard escapaba con su novia.

Dora insistía en que quería casarse aque-

lla misma semana. Y para convenirle decía:

—Ya viene la época del calor, pasará la primavera, la más bella estación para amarse, iremos a Palm Beach a descansar, seremos dichosos, tendrás una esposa.

—Serán dos...

—Qué dios—exclamó Dora.

—Nada, niña, que serán dos semanas deliciosas que pasaremos aislados del mundo, de todo, hasta de mis enfermos y enfermas.

—Pues qué esperas para decidirte...

Ricardo tuvo una idea luminosa. Escapar, y que saliera el sol por donde quisiera.

—Sí, mi bien—dijo Dora—, vamos a casarnos mañana mismo, y tomando un taxi, ¡oh! dulce y oportuno taxi protector de los que se aman, dijo al chauffeur.

—A casa del pastor Japy, a toda marcha...

Y sobre los blandos almohadones, cayeron dos cuerpos trepidantes de impaciencia que juzgaban lenta la velocidad de aquella cafetera que era completamente del amor, mezclándose las explosiones del amor a los tímidos besos de Dora.

**Coleccione usted**

**Cuentos Cinematográficos**

50 cts.

que aparecen cada jueves

• • •

Pasó una noche febril, de preparativos de boda, y a la mañana siguiente habían ocurrido dos cosas. Ricardo Bard había cerrado provisionalmente su consulta, y Juanito había conseguido abrir la puerta de su encierro y recuperar la libertad, gracias al auxilio del detective que no le perdía de vista, suponiéndole una dama y andaba bebiendo los vientos por la que él consideraba ya segura conquista.

Dora y Ricardo hallábanse ocultos a las miradas del mundo en el Winthrop Hotel, donde consagraron su boda. Las horas del día pasaban con una rapidez vertiginosa y sin embargo a ellos se les antojaban lentas, iban a pasar la primera noche de amor, noche de ilusión, de realidades, sueños de venturas presentidas que llegan por fin a embriagar el alma, y hacer vibrar todo el ser de los amados. La primera noche. Con qué ilusión contaba Ricardo los minutos que faltaban para entrar en posesión de aquel tesoro viviente, de aquella monarquía de carne, que ofrecía tanta belleza y encerraba tanta ilusión.

Terminaba la cena que había sido expresamente confeccionada combinando los platos más exquisitos y apropiados para recién casados, y las miradas languidas de Dora y las de Ricardo, que la devoraba con la vista incógnita el más dulce y tentador de los predios.

Cuando en este dúo de telegrafía inalámbrica se hallaban los dos, penetró en el comedor el matrimonio Waite. Un par de esposas frizando ya en los cuarenta, en que ella se divertía dando celos al marido, y éste rubiaba los minutos todo el día, esperando la ocasión de hallarla intragante y cometer un crimen de los de primera página, en el periódico de más circulación. Ver la señora Waite al médico Bard, y empezar a sentir que se encontraba enferma, todo fué uno. En vano su marido quiso convencerla de que se hallaba en perfecta salud. La coqueta y madura dama, quiso enfermar para que el doctor la asistiera y claro está, siendo mujer, se salió con la suya.

En el preciso instante en que Ricardo Bard se retiraba a sus habitaciones en compañía de la encantadora Dora... cuando ya se sentía a dos milímetros de la puerta del paraíso, reservado a los que se casan por amor, pum, pum, dos golpecitos en la puerta y un groom del hotel que le suplica se sirva acudir in-



Y Juanito, perdido la prisa, desfiló las bras del detective.

mediatamente a la habitación 502, para asistir a una dama moribunda.

La situación complicada no es para describirla; la esposa esperando el más dulce de los momentos, y una enferma que reclama los auxilios de la ciencia. El sacrificio era enorme, pero Ricardo no podía eludir el cumplimiento de su deber, y suspirando profundamente se encaminó al cuarto de la enferma. Al solo momento de entrar, ya acompañó la enfermedad que aquejaba a la cuarentona que, tendida en una chaise longue, pro-

curaba estar lo más sequestrada posible. Bard maldijo su estrella, y la reconoció tan superficialmente que no pudo complacer a la vieja, pensando que su esposa se consumía en febril espera. Maldijo su carrera, las viejas gordas, las neurasténicas, las noches de novia en un hotel, y su poca precaución de no escapar a la selva virgen, donde nadie le hubiera molestado en momentos tan solemnes.

Mas no pararon aquí las desgracias; el irascible y marido celoso de la vieja enferma de amor por el doctorcillo se presentó en la habitación y al ver a su esposa con el médico por poco lo manda a mejor vida, pues ya empuñó resueltamente el revólver, pero Bard pudo convencerle de que era sólo el penoso, y tan penoso deber médico, lo que le retenía allí y pudo salir aun con vida.

Estaba de malas Ricardito, y cuando sólo hacia que llegar a su cuarto, date que Mimi la francesa, que aseguraba ser su esposa, le llama para decirle:

—Estás perdido, marido frívolo y bigamo; sé que te has casado y tengo a un detective que te vigila. De modo que abandona a Dora y todo se arreglará, sin que vayas a la cárcel como te corresponde.

—Abandonar a Dora, eso jamás — rugió Ricardo, y ganas tenía de darse a puñetazos con su esposa llovida del cielo, pero la presencia de Dora lo impidió. Nueva disculpa y

nueva farsa haciendo ver que Mimi era una enferma de cuidado, y de tanto cuidado.

Mientras Ricardo iba en busca de un medicamento, para calmar los nervios de la supuesta Mimi, ésta, que como ya sabemos no era otro que Juanito, se cambiaba de traje y con vestido de hombre se presentaba en la habitación de Dora, diciéndola:

—O dejas a tu marido o le revelo nuestro primer noviazgo y tus promesas de amor eterno que olvidaste al día siguiente.

Dora quedó como petrificado y Juanito desapareció a toda prisa, para ir a cambiarse de vestido y aparecer de nuevo como una damita del propio París. Así estaba ya vestida en un instante y se dirigió a la casa del doctor, a cuyos brazos se echó zalamera, diciéndole:

—No quieras burlarme, te adoro, fui tuya en París y nos casamos, ahora vengo a tomar posesión de mi cargo de esposa.

Al oír que la puerta del aposento de su esposa se abría, huyó Ricardo de los brazos de Mimi, corriendo por el corredor como alma que lleva el diablo. Sin embargo, quiso su mala estrella que por haber tomado otro camino no se cruzara con Dora, que penetró en la habitación de Mimi donde Dora había oído la voz de su esposo.

—¿Qué busca usted, señora?—dijo Mimi.

—Al doctor Bard.

—El doctor no está, pero sí su esposa que soy yo.

—Usted no puede ser su esposa, porque acaba de casarse conmigo. Debe haber un error.

—Seguramente que así es — dijo Mimi —, pero por culpa de este error, el doctor Bard irá a la cárcel, acusado de bigamia.

—Pero ¿cómo es posible?

—Sencillamente, los que como él estudiaban en Francia, se casaban cada noche con una francesa entre los vapores del champagne, y después pretendían hacerse el olvidadizo, ¡pero con Mimi no se juega!

La cosa se presentaba más oscura que un conflicto en la Sociedad de las Naciones. El detective trataba de conquistar a Mimi. Mimi quería convencer a Dora de la falsedad de su esposo para casarse con ella y Dora desesperada y el doctor enloquecido, se daban a todos los demonios, maldiciendo su mala estrella y pensando que aquella noche de novios iba a ser la última de su vida.

Archibaldo no perdía momento. Convencido de que Mimi era una dama, quería casarse con ella, para lo cual ponía todo su celo en capturar al doctor.

—Vamos — dijo Archibaldo a Mimi —, he visto entrar al doctor en el cuarto de su esposa, y ahora es el momento de meterle mano y entregarle a la justicia por bigamo.

Mas Ricardo, que oyó la sentencia de su porvenir, se escondió debajo de la cama, haciendo exclamar al groom que repartía las botellas de agua helada, un pícaroso y gracioso negrito.

—¡Vamos, este recién casado no sabe para qué sirve la cama!

Pero la cosa se ponía en su punto más serio.

—Salga usted de ahí — rugía Archibaldo dirigiéndose a Ricardito, que asomaba tímidamente la cabeza por debajo de la cama.

En este momento entraban Mimi y Dora. Esta al ver a su esposo por poco le da un síncope.

—Pero Ricardo de mi alma, ¿qué haces aquí, escondido? ¿te querían raptar?

—Alto — dijo en aquel momento, aumentando el enredo, la falsa Mimi—. Señora, este tal Ricardo es mi marido, nos casamos en Francia.

—Es cierto — agregó el detective—. Usted se casó con Mimi y debe reparar su falta, ella me quiere a mí, pero quiere al menos ser su esposa divorciada, para ante todo arreglar su situación legal.

Armóse una bagarre de mil demonios, hubo conato de puñetazos entre Archibaldo y Ricardo y en la refriega que se iniciaba, la peluca de Mimi o sea Juanito, quedó prendida en un botón de Archibaldo con tan mala for-

tuna que se descubrió que la tal Mimi era un hombre con toda la barba, afeitada por supuesto, tratándose de americanos.

—Ahora comprendo—dijo Dora—. Se ve que Juanito cabía de celos y quería deshacer a toda trance nuestra boda, pero por poco le deshace el detective.

En efecto, Archibaldo, al ver la plancha que se había tirado, la emprendió con Juanito a golpes, convirtiéndolo en un maniquí de boxeo y dejándolo malido como café. El pobre joven ya no sabía a qué sexo pertenecía, por tener los labios de carmín, las mejillas amoratadas, en fin, su rostro parecía una caja de pinturas.

—Mira que querer tomarle el pelo a un detective de hotel—rugía Archibaldo, mientras le zurraba la badana a Juanito.

Por fin, por pies como los toreros malos, se salvó Juanito de las iras de Archibaldo, quedando en paños menores, y a riesgo de que todos se convencieran de cuál era su sexo verdadera, afortunadamente pudo salvarse él cubriéndose, salvando igualmente a la moral.

Renacida la tranquilidad, Dora y Ricardo miráronse sin articular palabra. Seguramente que si alguno de los dos hubiera conocido el Tenorio de Zorrilla hubiera exclamado:

—Virgen Santa, qué principio...



Vine esposos, reconciliados, pudieron gozar la interrumpida primera noche.

Mas no la habían leído siquiera, y por lo tanto la conversación giró sobre otro eje.

—Al fin solos, bonita—dijo Ricardo—, justo es que demos digno final a esta nuestra primera noche—dijo Ricardo, estrechándola entre sus brazos con ilusión de enamorado.

—Por mí, no hay inconveniente—dijo Dora con un gesto de picardía, mientras sus labios se dejaban aprisionar entre los varoniles y sedientos de caricias de Ricardo...

A lo lejos, en el reloj de una Building House, sonaban las tres de la madrugada...

FIN

PRÓXIMO JUEVES  
GRAN ACONTECIENDO ARTISTICO

## ¡Cuidadito, solteras!

Preciosa página del libro de la vida, de trama humana y realista; creación de  
*Dorothy Revier y M. Harris*

Postal: LEON MATHOT

## LOS GRANDES EXITOS

LEA USTED EN

Selección de Biblioteca Films

## Bodas sangrientas

La novela dramática de la máxima emoción, interpretada por la célebre trágica italiana

MARÍA JACOBINI

50 cts.

Adquiera Ud. hoy mismo en  
Selección de FILMS DE AMOR

## Los amores de Manón

La novela que ha hecho vibrar las liras de los poetas y músicos y los corazones de la juventud. Sublime creación de la gentil pareja

DOLORES COSTELLO  
y JOHN BARRYMORE

50 cts.

14-2-6/8  
**Exito!**  
**Exito!**

Ya está á la venta la  
SEGUNDA EDICIÓN  
del célebre y tradicional

**Álmanaque Tom Mix**

— EDITADO POR —  
**BIBLIOTECA FILMS 1928**

que contiene la vida y nuevas  
anécdotas del célebre caballista

**30 CÉNTIMOS**



**OTRO EXITO**

lo ha constituido

el

**Álmanaque  
de "La Pandilla" 1928**

en el cual figuran los nombres, edades y un sin-  
úmero de detalles referentes a los pequeños artistas

Pida el Álmanaque  
de LA PANDILLA  
antes de que se agote

**30 CENTIMOS**

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo a  
**BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona**

## CINE FOLLETIN

LEA USTED la obra de  
interés vibrante y emotivo

# LA ESPOSA INDIGNA

Inspirada en la sensacional novela  
del celeberrimo literato francés

**JEAN CASAGNE**

cuyo ruidoso éxito ha sorprendido

• • •

### TÍTULOS DE LOS FASCÍCULOS

*Amor y Dinero - La Virgen Ena-  
morada - Vileza y Heroísmo -  
¡¡ Madre !! - El gran chantaje -  
La Calumnia-La Tempestad-Amor*

La obra completa **75 céntimos**

128 páginas de abundante texto

Pedidos: BIBLIOTECA FILMS

APARTADO 707 :: BARCELONA